

APUNTES DESDE LA CUMBRE DE JOHANNESBURGO*

¿HACIENDO HISTORIA?

Michael Goldman

De camino entre el aeropuerto de Johannesburgo y el adinerado suburbio blanco de Sandton, sede de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible 2002, la mayor conferencia internacional realizada hasta la fecha, coloridas vallas publicitarias invitan a los asistentes a la cumbre a probar y disfrutar del agua corriente de la ciudad, alardeando de que es tan limpia y pura como el agua embotellada.¹ Suspendidas sobre la autovía del aeropuerto, vemos imágenes de chavales de los suburbios negros chapoteando alegremente en un infinito baño de fresca y azul agua corriente. El mensaje implícito es que, a diferencia del agua embotellada, el agua de Johannesburgo es gratuita, limpia y accesible a todos.

Pero, después de varios días nadando entre las turbias políticas de la cumbre, uno comprende que la finalidad de esas omnipresentes vallas no era tranquilizar a los delegados europeos sobre la potabilidad del agua del país. En realidad, la Sudáfrica post-apartheid, gobernada por el Congreso Nacional Africano (CNA) ha estado enormemente atareada empaquetando *todos* sus servicios públicos (agua, electricidad, redes sanitarias, hospitales, sistemas de transporte) para venderlos al primer comprador dispuesto. Desde las vallas publicitarias hasta las transacciones comerciales, pasando por las declaraciones políticas, el mensaje de la Cumbre Mundial ha sido audible y nítido: Bienvenidos a Sudáfrica, donde Todo está en Venta. De los 60.000 asistentes a la Cumbre, muchos estaban allí para comprar (las grandes empresas a la caza de ocasiones), para vender (los gobiernos del Sur hambrientos de efectivo) o para mediar (las ONG empresariales) en tales transacciones.

A sólo diez kilómetros de distancia, en el más puro estilo apartheid, el suburbio de Alexandra («Alex»), decrepito y rígidamente segregado, alberga la mano de obra subempleada en Sandton. Sin buenos servicios de transporte, ni hospitales, ni escuelas ni ningún otro servicio público básico, Alex sirve como triste recordatorio de todo lo que no ha cambiado desde la liberación. Trescientas mil personas se hacían aquí en poco más de dos millas cuadradas de terreno, sin agua potable, electricidad,

* La versión original de este artículo ha sido publicada en *Capitalism, Nature, Socialism*, n.º 13 (4) de diciembre de 2002. (Traducción de Angelo Ponziano.)

¹ Un agradecimiento especial al Center for Political Ecology, el Research Board of the University of Illinois, y a la Wits University por haber financiado mi viaje a Johannesburgo, y para mis perspicaces guías en la ciudad: Patrick Bond (Unsustainable South Africa) y sus destacados colegas del Wits' Municipal Services Project, John Saul (Millennial Africa), Gillian Hart (Disabling Globalization), Virginia Setshedi, Dennis Brutus, Trevor Ngwane, y muchos otros. Mis fuentes varían desde la observación personal a las entrevistas, así como informes, artículos de prensa, libros (como los arriba mencionados), informes instantáneos sobre la cumbre (como los que circulaban en listserv, incluyendo un documento resumen de los resultados de la cumbre realizado por Michael Dorsey del Sierra Club), y otros documentos sobre privatizaciones, elaborados por el Public Services International's Research Unit <www.psiru.com>. Una versión más extensa y revisada de estas "notas sobre el terreno" se convertirá en el epílogo de mi manuscrito *Imperial Nature: The New Politics and Science of the World Bank*. Quiero agradecer también a Rachel Schurman toda la ayuda que me ha ofrecido.

vivienda segura o servicios sanitarios básicos accesibles. La palabra clave es «accesibles», puesto que muchos de esos servicios habían sido proporcionados, pero ahora están cortados porque la gente no podía pagarlos. En un dramático giro de 180 grados, la nueva política del CNA postliberación se adapta a los criterios mercantiles del Consenso de Washington: «comprador dispuesto, vendedor dispuesto», aplicándolos draconianamente sobre la población pobre (negra) del país.

Actualmente Sudáfrica aún padece las consecuencias de un mortal brote de cólera, potenciado por los cortes en el suministro de agua y electricidad aprobados por el gobierno. Al iniciarse la epidemia, que afectó a 140.000 personas, la administración cerró un millar de fuentes de agua potable en los territorios zulú rurales, debido a que los usuarios no podían pagar los siete dólares de cuota de reconexión. Además, 43.000 niños mueren anualmente de diarrea como consecuencia de la escasez o la inexistencia de fuentes de agua potable y servicios sanitarios básicos. El Proyecto de Servicios Municipales de la Universidad de Wits² realizó el pasado año un estudio que demuestra que más de diez de los 44 millones de habitantes del país han padecido cortes en el suministro de agua y electricidad. Los epidemiólogos afirman que dichos cortes fueron el detonante de la epidemia de cólera que azotó Sudáfrica.

Los activistas de los suburbios segregados contraatacaron constituyendo el Comité de Crisis Eléctrica de Soweto (SECC) del Foro Antiprivatización, la Campaña Antidesahucio de Western Cape y el Foro de Ciudadanos Comprometidos en Durban, al mismo tiempo que desde Soweto comenzaban a formarse equipos nocturnos que a hurtadillas reconectaban los hogares afectados por los cortes. La «Operación Khanyisa», así denominada por sus promotores, ha sido definida por el CNA como «la nueva cultura criminal» de los suburbios pobres. Por tal razón, cuando el pasado abril uno de estos equipos dejó sin electricidad la casa del alcalde de Johannesburgo, sus miembros fueron arrestados y pasaron once días en la tristemente célebre prisión de Diepkloof.

En vísperas de la Cumbre Mundial, después de un día completo de debates en una de las «anticumbres» oficiales (el Foro Internacional sobre la Globalización) varios centenares de personas (yo incluido) abandonamos el campus de la Universidad de Wits para realizar una marcha vespertina con velas hasta la cárcel de la Plaza John Vorster, para manifestar nuestra solidaridad con los cientos de activistas de movimientos antiprivatización, de personas sin tierra y de defensa de los derechos de los soldados que periódicamente son encerrados allí por el gobierno. Habiendo avanzado tan solo dos calles fuimos cercados por la policía antidisturbios que comenzó a disparar granadas de humo. A pocos pasos de donde me encontraba, una mujer joven fue alcanzada por una granada que le quemó la piel de las piernas. Otros manifestantes fueron golpeados con porras. Sentado frente a una fuerza policial multirracial había un grupo internacional de activistas (gente de Sudáfrica, Malawi, Zimbabwe, Mozambique, Uganda, India, Filipinas, Canadá) enlazados por los brazos y sorprendidos por el hecho de que los otros, muchos de los cuales habían sido miembros activos del movimiento antiapartheid, estuviesen ahora en el bando de los antidisturbios.

Durante los últimos años, el gobierno del CNA se ha esforzado para demostrar su liderazgo en la organización de la cumbre, en la nueva Unión Africana, en el Movimiento de los No Alineados y como principal promotor de una agresiva agenda neoliberal para el continente africano, algo que ha beneficia-

² <<http://www.queensu.ca/msp>> .

do a las grandes empresas sudafricanas en su borrachera compradora de empresas públicas africanas devaluadas por el FMI. Al mismo tiempo, el CNA intenta demostrarle al mundo que los sudafricanos pueden ser buenos clientes. De acuerdo con el recientemente privatizado sistema de provisión de agua potable, gestionado en concesión por Suez, una de las mayores firmas del ramo en todo el mundo, a las viviendas de los suburbios de bajos ingresos que ahora se conectan a la red se les concede una cuota mensual de consumo de agua. El «cliente» contrata un medidor pagando en un comercio local el importe de una determinada cantidad de agua que consumirá durante un mes, la familia paga por recargar el medidor como si se tratase de una tarjeta telefónica prepagada. Se supone que tal sistema es sumamente individualizado, basado en el mercado, eficiente y, por supuesto, orientado al ahorro de agua. (Pese a que estas políticas moralizantes enfatizan la «conducta delictiva» de algunos habitantes de los suburbios pobres, éstos son responsables de menos del dos por ciento del consumo nacional de agua, mientras que la industria, la minería y la agricultura industrial consumen la parte del león.) Supuestamente, los medidores franceses contribuirán a remediar un sistema enormemente defectuoso en el que las tuberías subterráneas pierden cerca del 45 por ciento del agua debido a filtraciones, donde los consumidores pobres tienen una elevada tasa de impagos y donde los grifos individuales diseñados para una vivienda estándar pueden llegar a abastecer a cuarenta familias. La mayoría de la gente obtiene el agua mediante conexiones ilegales o caminando grandes distancias para comprarla a camiones tanques u obtenerla de un grifo muy distante de la vivienda. La cuestión, por lo tanto, no es si el sistema público de provisión de agua está colapsado, sino cuál es la mejor forma de acondicionarlo.

En el suburbio pobre de Orange Farm, pocos días antes del comienzo de la cumbre, la multinacional francesa Suez se apresuró a instalar medidores de agua como experiencia piloto antes de instalarlos en otras zonas del país. Los franceses insisten en que con este sistema «paga por lo que consumes» se evitan los problemas por impago o robo. En Orange Farm los medidores fueron instalados en hogares cuyos miembros no tienen ingresos estables. Algunos de los grifos ya gotean, lo que hace temer a los usuarios que este primer mes será también el último. La electricidad también ha sido privatizada y funciona con medidores y, así como están las cosas, algunos hogares sólo pueden permitirse disponer de electricidad cuatro o cinco días al mes. Las viviendas de los suburbios pobres, a pesar de los flamantes medidores franceses, están muy mal equipadas: los retretes son externos, el sistema de cloacas es insuficiente y las viviendas están construidas con placas de hormigón o planchas de metal recuperado y techados de paja. Además de los diez millones de personas que sufren cortes en el abastecimiento de agua potable y los diez millones que padecen cortes de electricidad, hay otros dos millones que han sido desahuciadas y muchas más viven en condiciones miserables. Con una pérdida de un millón de puestos de trabajo en el sector formal desde 1994 y la actual predisposición del CNA para privatizar el muy sindicalizado sector público, muchos más puestos de trabajo desaparecerán en un futuro inmediato. Por más que los deseos del CNA sean lograr una cultura con voluntad de consumo que atraiga inversores extranjeros, lo único que hasta ahora se consume son los propios habitantes de los suburbios pobres. El gobierno y su policía a duras penas logran contener esta olla a presión. Las tensiones que padece Johannesburgo son un ejemplo de los problemas latentes.

Suez ya tiene un gran problema de imagen entre los sudafricanos que no forman parte de la élite dirigente. A pesar de que es responsable de gestionar el sistema de agua potable de Johannesburgo, se niega a instalar la infraestructura sanitaria indispensable, ignorando la elevada presencia de bacterias de

E. Coli en las aguas freáticas. Su anterior proyecto piloto, en Nkonkobe, fue cancelado el año pasado por el alcalde debido a que Suez se negaba a atender a los pobres que continúan utilizando el horrible «sistema del cubo», en el que los excrementos son recogidos cada mañana en pequeños cubos por trabajadores municipales, esto a pesar de que la ultramoderna empresa francesa lleva ocho años beneficiándose de la venta de agua potable en la ciudad.

Ahora bien ¿qué tiene que ver todo esto con la Cumbre Mundial? Más que un cuento sobre los desastres que padecen los pobres, los cambios que están aconteciendo en los suburbios de los trabajadores sudafricanos son un fiel reflejo de la agenda de este foro internacional. Como continuación de la trascendental Cumbre de la Tierra de Río '92, la misión de la Cumbre de Johannesburgo era analizar los logros y fracasos de los diez años anteriores y acordar un programa a cumplir durante la próxima década. La agenda ponía énfasis en cinco cuestiones (o bienes) fundamentales: agua, energía, salud, agricultura y biodiversidad. Después de una serie de encuentros de los comités preparatorios, realizados en cada continente y con la presencia de representantes gubernamentales, personal de las grandes agencias intergubernamentales, organizaciones ecologistas internacionales e incluso invitaciones «abiertas» a los miembros de la llamada sociedad civil, la agenda y sus principales documentos políticos eran lo más parecido a una combinación entre un informe del Banco Mundial y una lista de aspiraciones de las grandes empresas mundiales del sector de servicios (por ejemplo, Vivendi, Suez, Saur, Bechtel, RWE/Thames Water). Estas multinacionales, mientras tanto, dedicaron los pasados años a firmar sustanciosos contratos con gobiernos de países del Sur para gestionar los servicios públicos de agua, electricidad, recogida de basura y sistema de cloacas, junto con los aeropuertos, las autopistas, los servicios de telecomunicaciones y la TV por cable. Algunos gobiernos traspasaron absolutamente todos sus servicios a empresas privadas del Norte. Las prisiones, las escuelas y los servicios sanitarios son ahora su objetivo. ¿Cómo es posible que diez años de «desarrollo ecológicamente sostenible» inspirado en la Cumbre de Río den como resultado la privatización de los servicios públicos en todo el mundo? Para responder a esta pregunta hay que hacer un breve análisis de las consecuencias de ese trascendental encuentro.

DE RÍO A JOHANNESBURGO: EL «NEOLIBERALISMO VERDE» DEL BANCO MUNDIAL

Hace quince años, cuando los activistas sociales de los países del Sur y los ecologistas de Washington iniciaron campañas informativas sobre los desastrosos efectos de los proyectos financiados por el Banco Mundial (por ejemplo, las presas sobre el río Narmada en India, el Polonoroeste en Brasil o el Proyecto Transmigración en Indonesia), el Banco Mundial empleaba sólo un puñado de técnicos en medio ambiente. Dentro de la rígida jerarquía del BM, estos técnicos eran de bajo nivel y carecían de poder. Pero las presiones generadas por las campañas internacionales contra el Banco y contra el Congreso de EE UU forzaron al BM a renovar sus filas y «tomarse en serio al medio ambiente.» Cientos de técnicos fueron incorporados al equipo permanente y como consultores en los proyectos del Banco. Sin embargo cuando seis semanas antes de la Cumbre de Río los medios de comunicación occidentales interrogaron al entonces presidente del Banco Mundial, Lewis Preston, sobre la postura oficial del BM, éste no disponía de un solo informe o plan que presentar. El Banco ni siquiera había reservado habitaciones de hotel

en un Río de Janeiro totalmente desbordado. En 1992, el Banco Mundial estaba totalmente incapacitado para responder a las cada vez más intensas críticas a su destructiva gestión.

A medida que las presiones contra el BM se incrementaban y los políticos conservadores del Norte comenzaron a considerar la posibilidad de reducir las aportaciones económicas al Banco, sus directivos comprendieron que la opción que tenían era «renovarse o morir.» En un período bastante corto el Banco consiguió una serie de importantes logros: asumió el secretariado del Fondo Ambiental Global creado en Río, se convirtió en el supervisor oficial de las reservas extractivas de la amazonia brasileña, el financiador de proyectos «ecológicamente sostenibles» por valor de miles de millones de dólares, y el inventor y promotor de todo un conjunto de protocolos científicos y estipulaciones para la evaluación social y ambiental de políticas y macroproyectos de desarrollo en todo el planeta. A fines de la pasada década, mediante enormes préstamos, el Banco reestructuró y financió los ministerios estatales para la supervisión de los bosques, pesquerías, reservas de agua, minería, energía y recursos naturales para la industria, reacondicionándolos para que diagnosticasen los problemas ambientales nacionales según criterios ecodesarrollistas. Al mismo tiempo, el Banco había capacitado no sólo a su personal sino a muchos miembros de esas agencias estatales para la evaluación ambiental y la gestión de ecoproyectos, entrenando y contratando como consultores a expertos en medio ambiente de ONG, universidades y empresas de ingeniería. Estos profesionales se convirtieron en los nuevos expertos del Banco sobre países solicitantes de ayuda, contribuyendo a ampliar y especializar las políticas y proyectos del BM y logrando que éste, además del principal financiador de proyectos de «desarrollo», llegase a convertirse en el gran promotor de normas, regulaciones y nuevos conocimientos sobre el medio ambiente.

Paralelamente, y como parte de las condiciones a cumplir para obtener nuevos préstamos y mayores plazos para el pago de las deudas, el Banco obligó a numerosos países a modificar sus constituciones nacionales (desde 1989, el 60 por ciento de las constituciones del mundo han sido modificadas, muchas según la Carta de Derechos de EE UU), así como las leyes nacionales referidas a la gestión y uso de los bosques, tierras, pesquerías, biodiversidad y recursos hídricos. El Banco ha financiado también la creación de bolsas de valores, la reestructuración de los sistemas judiciales, la recualificación de jueces, la redacción de leyes sobre patentes, la promoción de programas de investigación y la liberalización de las normativas que permiten abrir los mercados nacionales a la inversión extranjera.

En síntesis, a pesar de tener que invertir una enorme cantidad de energía para contrarrestar las críticas sobre sus políticas sociales y ambientales, el BM ha logrado durante los últimos años consolidar su posición. Dos de sus mayores victorias han sido la *ambientalización* del desarrollo (redefiniendo el concepto de ambiental) y la *liberalización* de las grandes instituciones estatales en los países con los que trabaja. Considerados en conjunto, estos dos logros reflejan la victoria del «neoliberalismo verde» promovido por el Banco Mundial. Además de aprovechar su poder como el más importante acreedor del planeta, el BM se ha dedicado a financiar instituciones de la «sociedad civil autónoma» especializadas en la producción de políticas y saberes en zonas estratégicas de todo el mundo.

Si consideramos el candente tema de la «reforma de la política del agua» que predominó en la Cumbre Mundial, veremos que el BM organizó y financió la mayoría de foros sobre políticas del agua que se han realizado en todo el mundo. Desde mediados de la década de 1990, el Banco ha apadrinado el Global Water Partnership (Sociedad Global del Agua), el Simposio Internacional sobre el Agua, el Panel Global para la Financiación de Infraestructuras Hídricas, la Red de Medios de Comunicación

sobre el Agua, el Consejo Mundial del Agua, la Sociedad Mundial de Empresas de Servicios Públicos - África (World Utility Partnership - Africa), así como conferencias regionales y mundiales de «alto nivel» sobre la reforma de las políticas sobre el agua. Otros grandes patrocinadores de tales encuentros de la «sociedad civil» han sido la Agencia Británica para la Ayuda al Desarrollo (DFID), la Agencia Sueca para el Desarrollo (SIDA), los Ministerios de Asuntos Extranjeros de Francia y Holanda y USAID; en otras palabras, las agencias de cooperación bilateral de los países donde tienen sus sedes las principales multinacionales del agua. La mayor parte de estos foros se realizaron durante los pasados seis años y sus agendas eran prácticamente idénticas a las propuestas del BM sobre privatización en este sector clave. El Banco y los foros por él financiados educan a periodistas, consultores sobre desarrollo, funcionarios gubernamentales y personal de grandes ONG sobre los pros y contras de la reforma de las políticas del agua, siempre desde la perspectiva del BM como principal defensor de la privatización de este servicio. No debe sorprendernos, por lo tanto, la falta de discusión pública sobre cómo democratizar y socializar los servicios de abastecimiento de agua y la protección de los ecosistemas.

Pero en caso de que estos foros a favor de la privatización de los servicios públicos no fueran suficientes, el Banco Mundial y el FMI disponen de un sistema de persuasión más directo. La reforma de las políticas sobre el agua (orientada a la privatización) se ha convertido en un poderoso condicionante para recibir nuevos créditos y para aligerar la deuda. La amenaza es que los grifos de capitales se cerrarán para aquellos gobiernos que se opongan a tales reformas. A medida que la deuda externa acumulada hace tambalear a más de un gobierno e incrementa los ya trágicos niveles de pobreza y hambre, y se incrementan las presiones de los movimientos populistas que exigen que sus gobiernos dejen de pagar esas deudas odiosas e injustas, el BM y el FMI utilizan la promesa de cancelar las deudas para forzar a los gobernantes de esos países a reformar las políticas sobre el agua. Por todo esto, la privatización se ha convertido en mucho más que una herramienta para beneficiar *económicamente* a unas pocas empresas multinacionales; también es utilizada para incrementar el peso *político* de las instituciones financieras internacionales y las multinacionales en todos los países del Sur. Gracias a las presiones del BM, los gobiernos endeudados están permitiendo que las empresas del Norte se inmiscuyan institucionalmente en la vida cotidiana de los habitantes del Sur. Esas empresas proporcionan ahora el agua, la electricidad, la TV por cable, el servicio de recolección de basura y luego pasan factura por su tarea. Es a esas empresas a las que uno debe dirigirse si necesita servicios básicos para la supervivencia familiar.

UNA LECTURA AL GUIÓN DE LA CUMBRE

El auge de estas políticas neoliberales verdes, al estilo del Banco Mundial, se manifiesta con nitidez en el guión de la Cumbre Mundial de Johannesburgo. Por una parte, se mantienen los típicos discursos de este tipo de foros internacionales: objetivos, metas, los crueles métodos apisonadores de EE UU y los heroísmos de último momento de unos pocos intrépidos del Sur. Un Banco Mundial a la defensiva elabora comunicados de prensa en los que condena a Europa y EE UU por los elevados subsidios a sus respectivas agriculturas. Un vicepresidente del Banco llega a disculparse por la responsabilidad de esa institución en las hambrunas que sufre el sur de África, al obligar a los países más endeudados a eliminar los subsidios a sus campesinos pobres e impedir así que puedan producir alimentos. Como consecuen-

cia de ello tal vez sean millones los que padezcan hambrunas. La influencia del Banco también se percibe claramente en los acuerdos finales de la cumbre. Las negociaciones oficiales concluyeron de esta manera: En la categoría del agua, los líderes gubernamentales acordaron reducir a la mitad para el 2015 la cantidad de personas (estimada en 2.400 millones) que viven sin agua potable ni servicios sanitarios, a pesar de la tenaz oposición de EE UU. En el rubro energético, EE UU y la OPEP se esforzaron en boicotear cualquier propuesta a favor de las energías renovables, especialmente la propuesta brasileña de cuadruplicar las fuentes de energía limpia para el 2010, a pesar del apoyo de la mayoría de naciones. La Unión Europea impulsó un plan más modesto: un incremento del uno por ciento en los próximos diez años. En la categoría de agricultura y pesca, el GEF del Banco Mundial obtuvo la responsabilidad de luchar contra la desertificación y recuperar las pesquerías «donde sea posible» para el año 2015, todo esto en términos tan vagos que muchos críticos piensan que puede llegar a perjudicar los acuerdos ya existentes, mucho más concretos que éste. Los representantes europeos y norteamericanos se opusieron a la eliminación de sus subsidios agrícolas, a la promoción de la agricultura orgánica y a restringir los cultivos modificados genéticamente. En el rubro de biodiversidad, la cumbre dió un gran paso atrás al restar énfasis a las propuestas de «detener y revertir la alarmante pérdida de biodiversidad actual», para satisfacción de EE UU. La gran noticia inesperada se dió en la categoría de responsabilidad empresarial: debido a una campaña muy bien coordinada por grupos de presión del Norte y del Sur, los gobiernos aceptaron que *puedan* establecerse reglas obligatorias para controlar el comportamiento de las empresas multinacionales, algo a lo que EE UU se opuso vigorosamente aún después de haberse firmado el acuerdo. Sin embargo, no se estableció ningún calendario para tales negociaciones.

Pero hubo otros dos elementos de especial significación en la cumbre oficial. Uno fue el «consenso» o aceptación mayoritaria por parte de ONG, fundaciones, gobiernos, organizaciones intergubernamentales y, por supuesto, empresas multinacionales, del mecanismo de Partenariados Público-Privados (PPP - Public-Private Partnerships) o sea, la cesión de los servicios públicos tradicionales a empresas privadas, limitando las funciones de las agencias internacionales que anteriormente mediaban entre empresas poderosas y estados débiles. En otras palabras, como complemento al Pacto Global con las empresas promovido por el Secretario General de NN UU, Kofi Anan, las multinacionales ya no son el socio callado y discreto beneficiario del «mundo del desarrollo», sino que se han convertido en el conductor legitimado. El segundo elemento, tanto o más pernicioso, ha sido el acuerdo para concederle a la Organización Mundial del Comercio (OMC), que busca eliminar todos los obstáculos al «libre comercio», el poder de pasar por sobre cualquier acuerdo internacional sobre medio ambiente. Esto pone de manifiesto la recuperación de la OMC, cuando algunos pensaban que después de Seattle este organismo había entrado en decadencia.

CONCLUSIÓN: EL AUGE DE LA SOCIEDAD IN-CIVIL

En cierta ocasión, Antonio Gramsci escribió que uno de los nuevos espacios de lucha por la hegemonía no necesariamente sería el estado o el lugar de trabajo, sino la «sociedad civil» del capitalismo. Como ejemplo de ésto, un activista nigeriano me explicaba que durante la última década había habido un cambio fundamental en la escena política alternativa de su país, caracterizado por un florecimiento de

ONG y otras organizaciones que iban ocupando el espacio de la sociedad civil. Estas organizaciones, tan bien recibidas por los observadores occidentales, estaban de hecho financiadas por el Banco Mundial, agencias occidentales de cooperación (por ejemplo, USAID), fundaciones (Ford, Rockefeller), y ONG (WWF). Se encontró que muchas de ellas estaban representadas en la Cumbre Mundial, cada una centrada en un tema específico, como derechos humanos, género o medio ambiente. Esta inusual proliferación de grupos de clase media financiados con dólares tiene su lado perverso: la muerte de lo que él llama «la política nigeriana», es decir la neutralización de cualquier intento de organizar una fuerza política progresista que ofrezca una alternativa real a la alianza decadente entre el estado, las empresas mineras y petroleras del Norte y las mencionadas agencias internacionales. En Sudáfrica ya han comenzado a notarse fisuras en este tipo de alianzas, algunas de las cuales se pusieron de manifiesto durante la cumbre.

De hecho, estas fisuras fueron promovidas durante los encuentros de la sociedad in-civil. Tales encuentros eran gratuitos y abiertos, no como los de la cumbre, que requerían invitaciones oficiales y pases de seguridad; hasta el foro oficial de la «sociedad civil», que en otras ocasiones era el lugar de confluencia de los activistas, en Johannesburgo costaba 150 dólares la inscripción. Mientras tanto, el campus de la Universidad de Wits, la antigua cárcel de mujeres, un centro lúdico de la época del apartheid en Soweto, el ShareWorld y otros lugares estaban a rebosar de miles de miembros de la sociedad no-civil. Estos foros fueron organizados por militantes sudafricanos con la intención de contrarrestar el neoliberalismo verde oficial. El Comité de los Sin Tierra organizó un foro de una semana con la intención de coordinar un movimiento en toda Sudáfrica para exigir tierras. En 1994, el CNA prometió que un 30 por ciento de las tierras privadas serían entregadas a campesinos negros, pero hasta ahora se ha entregado tan solo un uno por ciento, en gran medida debido al programa de reforma agraria diseñado por el Banco Mundial (vendedor dispuesto / comprador dispuesto) que anteriormente había fracasado en Zimbabwe y que fuera importado a Sudáfrica en 1994. En este foro confluyeron movimientos de campesinos sin tierra de África y América Latina (el MST de Brasil). El Foro Mundial de Pescadores reunió a grupos de Sudáfrica con otros del resto de países costeros africanos e importantes líderes de movimientos afines de Asia meridional. También tuvieron sus foros los activistas en favor de la vivienda y contra los desahucios, los militantes antiprivatización, las campañas de boicot al Banco Mundial y los colectivos ecologistas. En todos ellos se cuestionaba la agenda de la Cumbre Mundial en general y las políticas del CNA para Sudáfrica en particular.

Una de las fisuras más notorias se dió después de un agitado discurso de Zwelinzima Vavi, secretario general del Cosatu (la confederación de sindicatos de Sudáfrica), que ante una audiencia de habitantes de Johannesburgo vestidos con camisetas rojas (y sus aliados internacionales) se refirió a la independencia del movimiento sindical y su permanente compromiso con los derechos de los trabajadores, aun bajo la actual ola privatizadora. Cosatu es uno de los pilares de la alianza del CNA y hasta ahora ha apoyado las políticas gubernamentales que tanto han perjudicado a los trabajadores del sector formal. Posteriormente, con sus puños en alto, la multitud comenzó a cantar una antigua canción sindicalista mientras que en los pasillos la gente bailaba el toyi toyi, la danza de la revolución. En medio de todo esto, la líder del Foro Antiprivatización, Virginia Setshedi cogió el micrófono para amplificar la letra de la canción, Vevi desapareció por una puerta lateral y la multitud cantó aún más fervorosamente. La audiencia cambió la letra de la antigua canción de lucha, llamando traidor al secretario general; la gente

estaba atónita. En aquel acto se acababa de expresar la nueva política de la calle, que no defiende a un determinado partido político, sino a las personas.

Dos días después, la prensa hablaba de una «escisión en Cosatu» y un iracundo presidente Mbeki convocaba a una campaña nacional a favor de la «alianza del CNA». Los publicistas del CNA prometieron que sus aliados llenarían el estadio de fútbol de Alex para oír a los líderes del CNA, a Fidel Castro y a Yasser Arafat; en realidad, la coalición de ONG sudafricanas no adhirió, Castro y Arafat no aparecieron y apenas participaron unas tres mil personas, muchas de ellas llevadas al estadio en autocares.

Ese mismo día, cuando los jefes de estado llegaban a Johannesburgo para firmar el documento final y participar en la clausura oficial de la cumbre, entre 20 y 30 mil manifestantes salieron a la calle con pancartas de «África no está en venta» y «Phansi W\$D, Phansi! (la expresión zulú «fuera!» y las siglas de la cumbre), convocados por esos grupos iracundos de la sociedad in-civil. Pero en realidad no eran calles; la marcha se inició en el suburbio de Alexandra y transcurrió por polvorientos senderos ya que las calles estaban bloqueadas por vehículos blindados y escuadrones antidisturbios, el cielo lleno de helicópteros y las azoteas ocupadas por policías con fusiles y cámaras de video. Doce kilómetros más adelante nos hallábamos en los arbolados bulevares de Sandton, muy al estilo Beverly Hills, un vecindario al que la mayoría de los manifestantes nunca antes había podido entrar, salvo por la puerta de la servidumbre. Una vez más, se estaba haciendo historia. Pese a que la prensa de EE UU no se molestó en cubrir el acontecimiento, los principales medios de comunicación de África y Europa filmaron la roja marea de manifestantes, muchos de ellos sudafricanos, pero también de Zimbabwe, Malawi, Corea del Sur, India y muchas otras procedencias. Ascendimos por una colina hacia el resplandeciente centro comercial y el pabellón de congresos, rodeados de fuerzas antidisturbios y alambradas de púas, y nos sentamos exhaustos en medio de rascacielos propiedad de los grandes bancos y compañías de seguros del mundo. Debido a que los helicópteros policiales volaban sobre nuestras cabezas, pocos pudieron oír lo que decían los sucesivos oradores que pasaron por el micrófono. Pero eso ya no importaba, todos sabíamos lo que se debía decir y hacer. Fue ésta la primera manifestación de la izquierda independiente desde que el CNA tomase el poder y no sólo expresó un rechazo a la política gubernamental, sino a todas las políticas neoliberales.

Quince años atrás, las protestas contra las políticas de ajuste estructural y austeridad fiscal del BM y del FMI no habían logrado convertirse en un movimiento social fuerte porque faltaba coherencia organizativa para oponerse a los recortes estatales en salud pública, educación, nutrición, transportes y puestos de trabajo en el sector público. Pero la actual vuelta de tuerca a favor del neoliberalismo verde puede convertirse en el talón de Aquiles del BM y de gobiernos como el de Sudáfrica. Están atacando frontalmente los derechos de la mayoría, a la supervivencia, al agua, la energía, los recursos naturales, la tierra y un medio ambiente habitable. El neoliberalismo verde pretende convertir al sector público y a la sociedad civil en simples actores e instituciones empresariales. Tales medidas están golpeando a la gente donde les duele. Más allá de las maquinaciones burocráticas de la Cumbre Mundial se agitan numerosas redes de activismo social, capaces de construir movimientos fuertes por sobre las fronteras nacionales y los métodos políticos tradicionales. Como cantase Dennis Brutus, antiguo militante antiapartheid y prisionero en la isla Robben, durante los foros *anti cumbre*: «Otro mundo —un mundo desmercantilizado— es posible».